

# Un secreto de Santa Rosa

*Raúl Hernández Viveros\**

\* Raúl Hernández Viveros [Ciudad Mendoza, Veracruz, 1944] es autor los libros de cuentos *La invasión de los chinos* (1978); *Los otros alquimistas* (1980); *Los tlaconetes* (1982); *El secuestro de una musa* (1984); *Una mujer canta amorosamente* (1985); *El talismán del olvido* (1992); *Días de otoño* (1995); *La conspiración de los gatos* (1997); *La generosidad divina* (2005), la novela *Entre la pena y la nada* (1985) y los libros de ensayos *La nictalopía de Sor Juana Inés de la Cruz* (2000), *La Mitología de Roberto Williams García* (2002) y *Relato Español Actual* (2003). Es director de la revista y ediciones *Cultura de Veracruz*.

A un lado del centro de Santa Rosa se encontraba el barrio de Los Cuartos. Ahí vivían hacinados miles de hombres, mujeres, niños y animales. Desde la construcción de las galeras fueron inadvertidamente conquistando, metro a metro, los terrenos baldíos. Al principio, los ancianos protestaron, pero después ellos fueron colocados en el ambicioso lugar de los cachivaches, a un lado de los baúles llenos de recuerdos y hechos históricos en la vida de Santa Rosa.

Hay que reconocerlo: los ancianos ayudaron al levantamiento de los cimientos de muchas casas, en su juventud también participaron en las luchas obreras contra la dictadura de Porfirio Díaz. Durante muchos años, transportaron las piedras en carretillas que iban y venían de la orilla del río Blanco hasta el lugar de las barracas. Por su parte, los chiquillos colaboraron haciendo cadenas humanas que transportaban de mano en mano los cientos de ladrillos; cargaban cubetas con agua y revolvían la mezcla de arena, cal y cemento.

Los años transcurrieron sin que sucediera nada interesante. De modo que los sorprendió, una mañana lluviosa, el arco iris. Eran los presagios que auguraban buenas noticias. Unas señoras alegremente comentaron sobre la posibilidad de descubrir cofres llenos de oro y plata, en los lugares elegidos por los tricolores rasgos y sombras de vapor. Y mientras la gente conversaba, apareció un niño pequeño y gordo, quien en forma maleante les prometió que iría a buscar el tesoro.

Bajo un cielo gris, el chiquillo se adentró en los matorrales y en las raíces de los árboles, sin más provisiones que unas tortillas y un garrafón de agua. Después de más de quince noches rasgadas por las estrellas, regresó sucio y enflaquecido; era difícil entender sus palabras.

No pudo ubicar el nacimiento y el ocaso del arcoiris, y tampoco descubrió ningún tesoro, pero confesó haber hallado a una Santa Virgen.

Después de pronunciar estas palabras cayó dormido en los brazos de su padre, quien nerviosamente intentaba detener su enojo, pues apenas se había enterado de la ausencia del hijo. Se puede decir a los lectores lo que muchos vecinos saben: este señor estaba todo el tiempo en la cantina «Las Morenas», la única capaz de albergar la convivencia entre indios y obreros de la fábrica textil de Santa Rosa, y en los fines de semana algunos maestros de primaria aparecían para continuar con la misión de rescatar a los pobres ignorantes.

A pesar de estas divagaciones, al hombre le brillaron los ojos amarillos de tanta cerveza y mezcal. Tambaleándose, se hizo de valor y... ¿era necesario decirlo a todos? Claro que no. Precisaba hacer planes, aprovechar la situación y salir de su desdichado puesto de velador de las bodegas de telas.

Al amanecer, el niño despertó hambriento, saltó de la cama y corrió a buscar a su madre, que hacía tortillas colocándolas sobre un comal caliente. El olor de la leña, la cal quemada y el maíz rancio, alegraron al pequeño mientras saboreaba ya la suma de ocho tortillas con sal. Luego le contó la historia.

Y la mujer fue a decirles el milagro a sus comadres; por supuesto, el marido volvió borracho del la cantina, derrumbándose en el sucio catre. El domingo siguiente, los habitantes de esta parte del pueblo fueron a confesarse con el padre Valiente, quien celebraba la misa de las ocho de la mañana.

Más tarde, el párroco, incapaz de aceptar la inverosímil versión del niño, aceptó ir a testificar. Y juntos, con el sacerdote a la cabeza, los fieles siguieron al niño entre las piedras y la hierba del monte. Durante casi una hora ascendieron la montaña. A las diez de la mañana divisaron la explanada verde, en donde destacaba el árbol de guayabas. Entonces el

chiquillo saltó alegremente y les gritó.

-¡Aquí es! ¡Aquí es!

Exactamente en el tronco del árbol se dibujaba el rostro de una persona. Después de analizarla muchas veces, el padre Valiente sentenció que era una señora.

Entonces la mamá del niño exclamó:

-¡Virgen Santísima, es la madre nuestra, es la virgen de Guadalupe!  
¡Vean su cara divina y angelical!

Todos se arrodillaron cuando el cura comenzó a ofrecer una misa larga y silenciosa, que culminó con la comunión.

El niño roció con agua bendita las raíces del árbol, sobre extrañas formas que sobresalían de la tierra. El sacerdote suplicó la paciencia de guardar el secreto, porque él tendría que viajar a la capital a consultar con el arzobispo sobre los pasos a seguir.

Entretanto, los viejos repitieron la historia. En cada boca aumentó la repetición que creció, especialmente entre los diálogos de los habitantes de Los Cuartos. La Virgen reveló sus penas y necesidades: que sus hijos se portaran bien, y agregó que pronto bajaría a bendecir a los habitantes de esta parte de la población. El chamaco terminó con la descripción de los besos que la Virgen le había plantado en su frente.

Durante meses no se habló más que del milagro, a pesar de las críticas de los miembros de otras sectas religiosas. Y así dio inicio en Los Cuartos la persecución hacia las personas ajenas a la religión encarnada

en la Virgen. La desunión y el odio dividieron a familias enteras. Muchos ciudadanos tuvieron que abandonar Los Cuartos, se fueron lejos a otros pueblos. Por su parte, en el arzobispado echaron tierra en el asunto, lo lanzaron al mundo de las carpetas y archivos, ordenándole al padre Valiente evitar todo tipo de falsos rumores y malas interpretaciones. El camino del Señor fue largo y doloroso.

Nadie se sometió a las instrucciones dictadas por el párroco. Las peregrinaciones continuaron. Los domingos organizaron misas y rosarios alrededor del árbol de guayaba. Cuando dio sus frutos, los fieles coleccionaron varios cientos de recuerdos que el borracho vendió en cajas a precios increíbles.

El borracho empezó a sentirse bien en la vida. Le encantó el sentimiento de seguridad producido por el dinero en sus manos. Y se le ocurrió la idea de hacer una carretera hasta el santuario. Por la fe y esperanza las personas harían cualquier cosa. Prometiéndoles el paraíso, convenció a los ciudadanos de empedrar el camino. En seis meses los diez kilómetros quedaron bajo un perfecto aplanado, dispuestos al tránsito de los automóviles y camiones de carga. Días después, uno de los líderes obreros compró cinco autobuses de pasaje.

Las autoridades de Santa Rosa tomaron cartas en el asunto, distribuyeron la tierra y repartieron a precios módicos los lotes que sirvieron en el levantamiento de un caserío llamado La Alameda. También construyeron unos juegos de sube y baja, columpios y resbaladillas en donde los niños se recreaban mientras sus padres reflexionaban en las puertas del cielo. Y claro está, el borracho -padre del niño explorador- se fue a vivir a un lado del árbol de guayaba que consideraba ya su propiedad.

Desde lugares lejanos llegaban las peregrinaciones: arribaban en camiones, mulas, burros o a pie. Cantaban y oraban por la felicidad del

mundo. Frente a esta serie de lamentos, una noche la madre estaba asustada porque escuchó al niño hablar con voz femenina. Trató de comprender las palabras, pero le resultaron extraños sonidos. Y el sueño acabó derribándola en el instante que deseaba levantarse a observar el rostro de su hijo.

Sin embargo, el lucero de la mañana apareció en el firmamento. En la cantina el borracho les aseguró a sus amigos que el niño conversaba con la Virgen, que un día podrían pedirle lo que quisieran a través de las charlas nocturnas. Se pusieron de acuerdo y a las dos de la madrugada se colocaron a un costado de la casa de madera. Esperaron, sentados en la tierra, el momento en que la Inmaculada apareciera para darles un mensaje importante. Soñaban un poco cuando sintieron el rumor de los sonidos. El borracho tuvo impulsos de proteger a su hijo y acarició sus mejillas. Pero su compadre le dijo al oído:

-Déjalo dormido. Nazario sabrá que hacer. Además, es la Virgen la que quiere decirnos algo.

El niño dejó de agitarse en el catre; recitando en diversos idiomas pudo llegar al castellano. Una voz suave, dulce y agradable -ellos imaginaron a una hermosa niña- les habló de las alegrías y esperanzas del paraíso. Además, les relató que en este lugar habían casado a Hernán Cortés en su viaje a la capital azteca, y la Malinche tuvo que aceptar a un fiel colaborador y consejero de su amado.

Ante los ruidos provenientes de uno de los hombres que no logró controlar los sonoros estallidos de gases provocados por tanta cerveza en sus intestinos, el niño se despidió diciéndoles que se iba a otra parte en donde comprendieran los sentimientos de la Virgen. En silencio, los hombres

sellaron el pacto de que no contarían a nadie la decisión de la Virgen de abandonarlos. Entristecidos abrieron una botella de mezcal y amanecieron a un lado del árbol de guayaba.

Al mediodía, el escándalo era tal que los peregrinos pensaron en la fiesta del bautizo del niño. La madre bailó durante horas en compañía de su compadre y los demás amigos del borracho que festejaban la noticia. El niño se fue a jugar con sus amigos dejándolos en el ritmo de una música caliente y excitante. La mujer bebió tragos enormes de mezcal. No había duda, el lubricante líquido acaloró su cuerpo, la fuerza de la presión de la sangre aumentó en las venas; y se desvaneció mientras algunos de los convocados inclinaron sus cabezas en dirección de las cubetas de agua que sirvieron para apagar las llamas de aquel infierno.

Yo fui aquel niño, quien descubrió la seductora inspiración de estos recuerdos y escenas acontecidas durante la construcción de la fábrica textil de Santa Rosa.

- 95 -

